

como un sello sobre tu corazon, y como un signo sobre tus brazos. (Cant. VIII.)

No nos contentemos, pues, con llevarlo sobre nuestra lengua, hablando de El y cantando sus alabanzas; no nos contentemos tampoco con llevarlo en el corazon por afectos tiernos y amorosos hácia su bondad; agreguemos el tercer modo, que es llevarlo sobre nuestros brazos, obrando generosamente muchas buenas obras, á fin de que podamos alcanzar la gracia de decir con el gran anciano Simeon, al fin de nuestra vida: ¡Señor, dejad ya ir á mi alma en paz, esto es, sacadla de la prision de su cuerpo, para que vaya á gozar de vos en la feliz eternidad!

(Sermon para el dia de San Blas.)

CAPITULO XXII.

La fuga á Egipto.

OBEDIENCIA DE LA SANTA FAMILIA
AL ANGEL.

HALLÁNDOSE Gedeon en una afliccion extrema, por ruda y urgente querella que le hacian los Madianitas sus enemigos, quienes lo habian sitiado por todas partes, Dios, cuya bondad

es incomparable, tuvo compasión, y le envió un ángel para consolarle, el que llegándose á él, dijo estas palabras: *El Señor es contigo, oh el más fuerte de los hombres!* Entónces el pobre Gedeon, sumamente afligido, le respondió: *Si es verdad lo que tú dices, que el Señor está conmigo, ¿cómo es que estoy rodeado de tantas miserias?* Bien podemos decir otro tanto en el misterio que hoy consideramos: si es cierto que la Santísima Virgen y Señor San José tienen á Nuestro Señor con ellos, ¿porqué los vemos tan llenos de temor, que emprenden la fuga por el recelo que tienen de un hombre mortal, teniendo consigo al Dios cuya magestad y poder son infinitos, y por cuyas órdenes se hacen todas las cosas?

La razon de esto es que Nuestro Señor, al venir á este mundo, no quiso en manera alguna, usar de su poder y autoridad, ni hacer conocer quién era, mostrándose en todo sujeto á las leyes de la infancia. ¡Oh Dios mio! ¿qué le hubiera costado, á El que amaba con tanta ternura á su Sacratísima Madre y á Señor San José su padre estimativo, decirles una palabrita al oido, para advertirles que era menester que evitaran la furia de Herodes, yéndose á Egipto, pero que no tuvieran temor alguno, pues ninguna desgracia les acontecería? Sin embargo, no lo hizo así, sino que esperó que el Angel San Gabriel viniera á revelar á Señor San José lo que debia hacerse, en lo cual hizo aparecer un admirable abandono, haciéndose desde entónces el modelo perfecto de todos los hombres.

¿Y no hubiera podido inspirar al corazon de su santa Madre ó de su amado padre estimativo, lo

que debía hacerse? ¿Por qué, pues, no lo hizo, sino que dejó el encargo al Angel, que era muy inferior á Nuestra Señora? Esto no se verificó sin misterio.

Nuestro Señor no quiso emprender nada de aquello que estaba encomendado á San Gabriel, el cual estando destinado por el Padre Eterno para anunciar el Misterio de la Encarnacion á la gloriosa Vírgen, fué desde entónces como el cómono general de la casa y familia de Nuestro Señor, para tener cuidado en los sucesos y accidentes diversos que debian acontecer, y para impedir que sobreviniese algo que pudiera abreviar la vida mortal de nuestro pequeño niño recién nacido; por eso advierte á Señor San José que lo lleve prontamente para Egipto, para evitar la tiranía de Herodes, que tenia designio de hacerlo morir.

Nuestro Señor no quiso gobernarse por sí mismo, sino dejarse llevar á dónde querian y por quien queria. Parece que no se estimaba bastante prudente para dirigirse á sí mismo y á su familia, y así deja gobernar al Angel como quiere, á pesar de que no tiene ciencia ni sabiduría que pueda compararse con la de su Magestad Divina.

Y nosotros, ¿seremos tan atrevidos que digamos que nos gobernaremos bien á nosotros mismos, como si no tuviéramos necesidad de direccion ni de ayuda de aquellos que Dios nos ha dado para conducirnos, estimándolos poco capaces para nosotros?

Respondamos: ¿el Angel era más que Nuestro Señor ó Nuestra Señora? tenia mejor espíritu y mas discernimiento?—De ninguna manera.—¿Estaba más calificado, y dotado de alguna gracia

especial ó particular?—Eso no pudo ser, pues Nuestro Señor es Dios y hombre juntamente, y Nuestra Señora, siendo su Madre, tiene por consiguiente mas gracias y perfecciones que todos los ángeles juntos. Sin embargo, el Angel manda, y es obedecido.

Además, ¿quién podrá dudar que Nuestra Señora vale más que Señor San José, y que tiene más discrecion y cualidades á propósito para el gobierno, que su esposo? Y sin embargo, el Angel no se dirige á ella en todo lo que se necesita hacer, ni para ir, ni para venir, ni para nada, en fin. ¿No nos parece que el Angel comete una gran indiscrecion al dirigirse mas bien á Señor San José que á Nuestra Señora, la cual era cabeza de la casa y llevaba consigo el tesoro del Padre Eterno? ¿No hubiera ella tenido razon de ofenderse por este procedimiento y manera de tratar? Sin duda que hubiera podido decir á su esposo: ¿por qué he de ir á Egipto, cuando mi hijo nada me ha revelado de que deba hacerlo, ni tampoco el Angel me ha hablado de ello?—Sin embargo, nada de eso dice, ni se ofende porque el Angel se dirija á Señor San José, sino que obedece sencillamente, porque sabe que Dios así lo ha ordenado; no se informa siquiera del por qué; sino que le basta que Dios lo quiera, y se complace en someterse sin consideracion alguna.

Consideremos ahora la conducta de Señor San José. *Toma al niño y á la Madre*, le dice el Angel, *y huye para Egipto, y permanece allí hasta que yo te lo diga.*—¿Qué es esto? Bien hubiera podido responder el pobre de Señor San José: Me decis que vaya; ¿mas no será tiempo oportuno para partir, mañana por la mañana? ¿á dónde

quereis que vaya de noche? Mi equipage aun no está arreglado, ¿cómo quereis que lleve al niño? ¿tendré bastante fuerza en los brazos para llevarlo continuamente en un viaje tan largo? ¿O intentais que tambien la Madre lo lleve á su turno? Ay! ¿no veis que es una niña jóven, que está muy tierna todavía? Yo no tengo ni caballo ni dinero para hacer el viaje; ¿y no sabeis que los Egipcios son enemigos de los Israelitas? ¿quién nos recibirá?—Cosas semejantes hubiéramos nosotros alegado bien al Angel, si hubiéramos estado en lugar de Señor San José; pero él no dijo una palabra sola para excusarse de practicar la obediencia, sino que partió en el mismo instante é hizo todo cuanto el Angel le mandaba.

Oh Dios mio! cuántos maravillosos ejemplos nos ha dejado la gloriosa Virgen de su obediencia á la voluntad de Dios en todo el curso de su vida, y en particular en su fuga á Egipto! ¿Adónde vais, gloriosa Virgen, con ese pequeño niño?—Voy para Egipto, responderá ella.—Y quién os hace ir allá?—La voluntad de Dios.—Pero será por mucho tiempo?—Por tanto como Dios quiera.—Y cuándo volveréis?—Cuando Dios lo mande.—Y así que volvais, estareis mas alegre que ahora que vais?—Oh! ciertamente que no.—Y por qué?—Porque tambien haré yo la voluntad de mi Dios yendo, como permaneciendo allá, como volviendo acá.—Mas al volver, ireis á vuestra patria?—Oh Dios! yo no tengo mas patria que cumplir la voluntad de mi Dios.—¡Oh admirable ejemplo de obediencia que esta Santa Virgen nos dá!

Sermon para la víspera de Reyes.—Segundo Sermon para el dia de la Presentacion.—Entretimiento III.)

CAPITULO XXIII.

La fuga á Egipto.

ABANDONO DE LA SANTA FAMILIA EN MANOS DE LA PROVIDENCIA.

HAREMOS ahora una reflexion sobre la orden que el Angel dió á Señor San José, de tomar al niño y á la Madre é ir para Egipto, y permanecer allí hasta que él mismo advirtiera el tiempo de volver.

Ciertamente que el Angel habló brevemente y trató á Señor San José como buen religioso: *Anda, y no vuelvas hasta que yo te lo diga.* (Mat. II.)

Por este modo de proceder entre el Angel y Señor San José, se nos enseña cómo debemos embarcarnos en el mar de la Providencia Divina, sin alimentos, sin remos, sin palos de virar, sin velas, y en fin, sin ninguna especie de provisiones, y así, dejar todo el cuidado de nosotros mismos y del éxito de nuestros negocios á Nuestro Señor, sin reparo, ni réplicas, ni temores algunos de lo

que puede sucedernos. El Angel dijo simplemente: *toma al niño y á la Madre y huye para Egipto*, sin decirle ni por qué camino, ni con qué provisiones para atravesarlo, ni á qué parte de Egipto, ni ménos quién los recibirá, ni con qué habian de mantenerse estando allí.

¿No hubiera tenido Señor San José razon para hacer alguna réplica? Vos me decís que parta: ¿ha de ser muy prontamente?—En el acto mismo.—Para mostrarnos en esto la prontitud que el Espíritu Santo requiere de nosotros cuando nos dice: Levántate, sal fuera de tí mismo y de tal imperfeccion!—Oh! cuán enemigo es el Espíritu Santo de las tardanzas y dilaciones!

Bien pudiera tambien Señor San José haber dicho al Angel: Me decís que lleve al niño y á la Madre; os ruego que me digais, ¿con qué los alimentaré en el camino? pues bien sabeis, señor mio, que no tengo dinero.—Mas nada de esto dice, sino que confia enteramente en que Dios proveerá, como lo hizo, aunque pobremente, disponiendo que hallaran con qué alimentarse sencillamente, ó con el oficio de Señor San José, ó con las limosnas que le daban.

Consideremos que no solamente es necesario descansar en la Divina Providencia por lo que mira á las cosas temporales, sino mucho mas en lo que pertenece á nuestra vida espiritual y á nuestra perfeccion. Ciertamente que el cuidado demasiado grande que tenemos de nosotros mismos, nos hace perder la tranquilidad del espíritu y nos induce á caprichos extraños y desiguales; pues al punto que nos suceden algunas contradicciones, ó cuando observamos solamente un pequeño rasgo de nuestra falta de mortificacion, ó cuan-

do cometemos alguna falta, por pequeña que sea, ya nos parece que todo está perdido. ¿Es una gran maravilla que tropezemos algunas veces?—¡Mas yo soy tan miserable y tan lleno de imperfecciones!—¿Lo conoceis bien?—Pues bendecid á Dios que os ha dado ese conocimiento, y no os lamentéis tanto: dichosos sois por conocer que no sois otra cosa que la miseria mismal

Consideremos tambien, que el Angel dice á Señor San José que permanezca en Egipto hasta que él le diga que se vuelva, y que el santo no le pregunta: ¿y cuándo, Señor, me lo direis? En esto se nos enseña que cuando nos manden practicar algun ejercicio, no debemos preguntar: ¿será por mucho tiempo? sino que hemos de abrazarlo sencillamente, imitando la perfecta obediencia de Abraham cuando Dios le mandó sacrificar á su hijo.

Consideremos en fin, la sencillez que practicó Señor San José yéndose á Egipto por orden del Angel, donde estaba seguro de encontrar tantos enemigos cuántos habitantes habia allí. Pudiera haber dicho: Vos me haceis llevar al niño para huir de un enemigo, y vais á ponerme en las manos de otros mil y mil que hallaremos en Egipto, por ser nosotros de Israel. Mas no hace reflexion alguna, y por eso se vá lleno de paz y de confianza en Dios. Así nosotros, cuando se nos dé algun cargo, vayamos sencillamente para Egipto entre el gran número de enemigos que allí tendremos; pues Dios que nos hace ir allá, nos conservará y no moriremos; por el contrario, si permanecemos en Israel, donde está el enemigo de nuestra propia voluntad, sin duda que él nos hará morir.

Oh Padre Eterno! yo os ofrezco esta penosa fuga á Egipto, las miserias de un viaje tan largo y difícil, y la angustia y compasion que afligia el corazón de la Santísima Virgen y de Señor San José, viendo al tierno niño Jesus perseguido y buscado para hacerle morir: yo os ofrezco la extrema pobreza que ellos padecieron en Egipto, no sabiendo á quién recurrir: los trabajos que pasaron durante siete años enteros, para ganar con qué alimentarse y vestirse, y su laboriosa vuelta de Egipto á Nazaret. Por todas estas cosas os rindo gracias y bendiciones infinitas, y os pido por los méritos de este misterio, un gran aborrecimiento del pecado, vuestro enemigo y capital perseguidor, y la gracia de huir de todas las ocasiones de cometerlo, y el ser amante de la santa pobreza.

(Entretenimiento III.—Opúsculos espirituales.)

CAPITULO XXIV.

María en las Bodas de Caná.

SE celebraron, dice San Juan, unas bodas en Caná de Galilea, á donde Nuestro Señor con su Santa Madre y sus discípulos, fueron invitados. Caná era una pequeña Villa cercana á Nazaret.

Consideremos la extrema bondad de Nuestro Señor, que siendo invitado á las bodas, no se negó á ir; y como habia venido á rescatar y reformar al hombre, no quiso tomar un porte ni aspecto grave, austero y rígido, sino unos modales y manera de proceder toda suave, civil y cortés, para atraerlo hácia El. Esta fué la causa de que habiendo sido invitado á estas bodas, no rehusó, sino que asistió á ellas, y por consiguiente, quitó muchos excesos y ligerezas que se cometen de ordinario en tales circunstancias.

Oh! cuán modestas serian aquellas bodas! pues sin duda alguna la presencia de Nuestro Señor y Nuestra Señora hacia que estuvieran allí todos con grande recato, y aunque el vino faltó, no fué por que se hubiera tomado con exceso, sino que es muy probable que esto haya sucedido por permiso de Nuestro Señor, que por el milagro que hizo de convertir el agua en vino, queria manifestar á todos los que se hallaban presentes y especialmente á sus discípulos, una muestra de su Omnipotencia.

La Santísima Virgen, que era muy sábia y prudente, y estaba llena de una muy grande caridad, habiéndolo notado, se valió de un admirable expediente para remediar aquella falta. ¿Mas qué hará esta Santa Señora? Ella no lleva dinero para hacer comprar vino; su Hijo tampoco tiene; ¿en qué fundará su esperanza de poder remediar aquella necesidad? Ah! ciertamente no ignoraba el poder y la bondad de Nuestro Señor; bien sabia cuán grande era su caridad y misericordia, por lo que estaba segura de que proveeria infaliblemente á la necesidad de aquellas pobres gentes, que no han de haber sido ricas, puesto que el vi-

no les faltó, siendo tambien esta una de las causas porque invitado el Señor á las bodas, fué á ellas, pues se complacia mucho en conversar con los pobres y favorecerlos.

Viendo pues, este inconveniente la Santísima Virgen, y sabiendo que solo su Hijo podia remediar aquella necesidad, sin dinero, se dirige á El. Mas observemos lo que hace y dice esta Santa Señora. *Hijo y Señor mio*, exclama, *ellos no tienen vino*; como si hubiera querido decir: estas buenas gentes son pobres, y aunque la pobreza es amable y os agrada mucho, no deja de ser por sí misma vergonzosa y frecuentemente reduce al que la tiene á sufrir mucho desprecio y confusion delante del mundo; estas buenas gentes que os han invitado, van á caer por ella en grande ignominia, si vos no las socorreis. Yo sé que sois Omnipotente y podeis remediar esta necesidad; yo no dudo de vuestra caridad y misericordia; acordaos de la hospitalidad que os han dado al convidaros á su banquete, y proveed, si lo teneis á bien, á su necesidad. Ciertamente que la Santísima Virgen no hizo un discurso tan largo para representar á su divino Hijo la necesidad de que tratamos, sino que como muy ejercitada y sapientísima en el modo de orar bien, usó de la mas breve, pero mas alta, excelente y eficaz manera de orar que ha habido y puede haber, y dijo solamente estas palabras: *Hijo mio, no tienen vino!* Oracion excelentísima, en la cual María habla á Nuestro Señor con la mayor reverencia y humildad que se puede imaginar, pues se dirige á El, no con arrogancia, ni con palabras llenas de presuncion, como hacen muchas personas indiscretas é inconsideradas; sino que le representa con una profundísima

humildad, la necesidad de aquellos esposos, teniendo por cosa enteramente segura, que el Señor proveeria á ella como bien pronto veremos.

Hijo mio, no tienen vino!—Oyendo esto Nuestro Señor, le dijo: *Muger, qué teneis que hacer conmigo? aun no es llegada mi hora.* A primera vista parece muy dura esta respuesta, viendo á tal Hijo hablar así á tal Madre; á un Hijo tan dulce y tan clemente, rechazar con tanta dureza, segun parece, una oracion hecha con tanta reverencia y humildad, por una Madre la más amante, la más amada y la más amable que hubo jamás. Ah Señor! ¿pues qué la criatura no tiene que hacer con su Criador, de quién recibe el ser y la vida? ¿la madre con su hijo y el hijo con su madre, de quién recibe la carne y la sangre?

Mas esta respuesta, era por el contrario, muy amorosa, y la Santísima Virgen, que entendió el verdadero sentido de ella, se sintió al oirla, la madre más obligada que puede haber; lo cual demostró, cuando despues de esa respuesta, su corazon permaneció lleno de una santa confianza, y dijo á los que servian la mesa: *Habeis oido lo que mi Hijo me ha respondido, y por eso, vosotros que no entendeis el lenguaje del amor, podeis entrar en sospecha de que El me haya desairado; mas no! nada temais, haced solamente El os dijere, y no tengais cuidado, porque sin duda alguna, El proveerá á vuestra necesidad.*

Hay gran variedad de razones y de opiniones entre los doctores, sobre esas palabras de Nuestro Señor. Unos dicen que queria decir: ¿qué tenemos qué hacer ni vos ni yo, mezclándonos en eso? nosotros somos solamente convidados, y por eso no debemos tener cuidado de lo que falta en

esta boda, y así dan otras razones semejantes. En cuanto á nosotros, permanezcamos firmes en ésta, que siguen la mayor parte de los Santos Padres de la Iglesia, la cual es que Nuestro Señor dió esa respuesta á su Santísima Madre, para enseñar á las personas que están constituidas en algun beneficio eclesiástico de prelatura, ú otras semejantes dignidades, que no se deben servir de tales cargos para hacer en favor de sus parientes cosa alguna que repugne en lo más mínimo á la ley de Dios. Queriendo pues, Nuestro Señor, dar esa lección al mundo, se sirvió del corazón de su santísima Madre, en lo cual le dió ciertamente pruebas grandes de su amor, pues es como si le hubiera dicho: ¿qué teneis qué ver conmigo? yo no quiero desatender vuestra petición, ¿pues qué podrá rehusar este Hijo á esa Madre? Mas como vos me amais soberanamente, y yo os amo perfectamente, quiero valerme de la firmeza de vuestro corazón, para dar al mundo esta lección.

En cuanto á estas palabras: *Aun no ha llegado mi hora*, significan que hay horas ordenadas por la Divina Providencia, de las cuales dependen nuestra conversión y nuestra salvación. Verdad es que desde toda eternidad Dios había determinado la hora y el momento de obrar aquellos grandes milagros, el de la Encarnación y el de dar al mundo el primer signo de su poder para la manifestación de su gloria; mas esto era absolutamente, y no de manera que siendo rogado, no los pudiera anticipar. Por eso los Doctores hablando del Misterio de la Encarnación, dicen que Nuestra Señora por sus oraciones ha merecido que fuera anticipada, lo que también debe entenderse de este primer signo y milagro de Nuestro

Señor, obrado en las bodas de Caná de Galilea. *Aun no ha llegado mi hora*, dice el Señor á su Santísima Madre; pero como yo no puedo rehusaros nada, la anticiparé para hacer lo que me pedís. Ciertamente es, por otra parte, que Dios había visto desde toda eternidad, que haría esta anticipación, en favor de las oraciones de su Madre.

Veamos ahora, cómo hizo Nuestro Señor este milagro. Había allí, dice el Evangelista, seis vasijas de piedra preparadas para la purificación de los Judíos. Nuestro Señor hizo llenarlas de agua, lo que los criados ejecutaron prontamente. En esto manifestaron gran cuidado en hacer lo que la Santísima Virgen les había dicho, porque tan luego como recibieron la orden, las llenaron tan completamente, que como dice el Sagrado texto, la agua rebosaba por arriba. Después de lo cual, Nuestro Señor dijo una palabra interior que nadie escuchó, y al instante aquella agua fué convertida en muy buen vino.

Así, debemos tener un gran cuidado de dirigirnos á Nuestra Señora, pues ya vemos que tiene tanto valimiento para con su Hijo; y para que le represente nuestras necesidades, debemos invitarla á nuestro festín con Nuestro Señor, pues allí donde está la Madre y el Hijo, no puede faltar el vino, puesto que ella le dirá infaliblemente: Hijo y Señor mío, este hijo mío, siervo vuestro, no tiene vino! Mas atendamos qué clase de vino es el que le pedimos. Si la Santísima Virgen hubiera pedido vino para que todos los que estaban en las bodas se hubieran embriagado, sin duda alguna que el Señor no hubiera convertido aquella agua en vino. Si queremos que Nuestra Señora pida á su Hijo que cambie el agua de nues-

tra tibieza, en el vino de su ferviente amor, debemos hacer todo lo que Nuestro Señor nos diga, como hicieron los criados, conforme á lo que Nuestra Señora les había aconsejado. Llenemos bien nuestros corazones con el agua de la penitencia, y nos convertirá el Señor esa agua tibia, en vino de un ferventísimo amor. Descansemos en la Providencia de Dios, y estemos seguros de que no dejará de darnos lo que sea necesario para nuestra salvacion.

(Sermon para el 2.º Domingo despues de la Epifanía.)

CAPITULO XXV.

Maria al pie de la Cruz.

LA perfeccion de la union con Dios, consiste en dos puntos: que sea pura y que sea fuerte. Podemos acercarnos á una persona para hablarle, para verla mejor, para obtener alguna cosa, para aspirar los perfumes que lleva, para apoyarnos en ella, y entónces verdaderamente nos le acercamos y unimos: pero esta aproximacion y union, no son nuestro principal intento, sino que de ello nos servimos únicamente como de un medio y de una disposicion para alcanzar otra cosa.

Pero si nos acercamos y nos unimos á ella, no con otro fin que el de estar cerca y gozar de esa proximidad y union, entónces, esa es una aproximacion de union pura y simple.

Así pues, muchos se acercan á Nuestro Señor, unos para oírle, como Magdalena; otros para ser curados, como la hemorroisa; otros para adorarle, como los Magos; otros para servirle, como Marta; otros para vencer su incredulidad, como Santo Tomás; otros para ungrirle, como Magdalena, José y Nicodemus; pero su divina Sulamitis lo busca para encontrarlo, y habiéndole hallado no quiere otra cosa que tenerle bien abrazado, y teniéndolo, no abandonarlo jamás. *Ya le tengo, dice ella, y no le soltaré.* (Cant. III.) Jacob, dice San Bernardo, teniendo á Dios bien apretado, le quiere dejar, con tal que reciba su bendicion; pero la Sulamitis no le dejará, por cualquier bendicion que le dé, pues ella no quiere las bendiciones de Dios, sino al Dios de las bendiciones, diciendo con David: *¿Qué hay en el cielo para mí, y qué quiero yo sobre la tierra sino á Vos? Vos sois el Dios de mi corazon y mi porcion por toda la eternidad.*

Así estuvo la gloriosa Madre junto á la cruz de su Hijo. Ay! ¿qué buscáis, Madre de la vida, en ese monte Calvario, lugar de la muerte?—Yo busco, podría decir ella, á mi Hijo, que es la vida de mi vida.—Y para qué le buscáis?—Para estar junto á El.—Mas ahora, El está entre las angustias de la muerte!—Ay! no son las alegrías las que yo busco, sino á El mismo, y en todas partes mi corazon amoroso me hace buscar el estar unida á ese amable Hijo, muy querido y muy amado de mí!

Consideremos cómo el amor atrae todas las pe-

nas, todos los tormentos, los trabajos, los sufrimientos, los dolores, las heridas, la pasión, la cruz y la muerte misma de nuestro Redentor, al corazón de su sacratísima Madre. Los mismos clavos que crucificaron el cuerpo del divino Hijo, crucificaron también el corazón de la Madre; las mismas espinas que traspasaron su cabeza, traspasaron el alma de esta dulcísima Madre. Ella tuvo las mismas miserias de su Hijo, por conmiseración; los mismos dolores, por condolor; las mismas pasiones, por compasión; y en suma, la espada de la muerte que traspasó el cuerpo de ese muy amado Hijo, traspasó también el corazón de esa amantísima Madre.

Ya el anciano Simeon, largo tiempo ántes, había predicho á Nuestra Señora que una espada de dolor atravesaría su alma. Mas cuál espada? cuál cuchillo? El profeta no lo dice; mas puesto que se trata del alma y no del cuerpo, del espíritu y no de la carne, ha de entenderse, no de una espada material y corporal, sino de una espiritual que pueda alcanzar hasta el alma y el espíritu.

Pues bien, hay tres espadas que pueden inferir sus heridas al alma. Primeramente, la espada de la palabra de Dios, que como dice el Apóstol, es más penetrante que un cuchillo de dos filos. En segundo lugar, la espada de dolor, de la cual entiende la Iglesia las palabras de Simeon. En tercer lugar, la espada de amor, de la que habla el Salvador cuando dice: *no vine á traer la paz sino la espada*; y el Esposo en el Cantar de los Cantares, cuando estima que el amor es una espada con la que ha sido herido, diciendo: *tú has herido mi corazón, hermana mía, esposa mía*. Con estas tres espadas fué traspasada el alma de Nuestra

Señora en la muerte de su Hijo, y principalmente con la última, que comprende las dos primeras.

Cuando se dá algun grande y poderoso golpe sobre una cosa, todo cuanto la toca mas próximamente, es participante de él y recibe el contra-golpe: el cuerpo de María no estaba unido ni tocaba al de su Hijo en su pasión; pero en cuanto á su alma, ella estaba inseparablemente unida al alma, al corazón, al cuerpo de su Hijo, y por esto, aunque los golpes que el bendito cuerpo del Salvador recibió en la Cruz, no ocasionaron ninguna herida al cuerpo de Nuestra Señora, sin embargo, produjeron grandes contra-golpes en su alma, con lo que se verificó lo que Simeon había predicho.

El amor hace recibir los golpes de aquellos á quienes se ama. *¿Quién está enfermo, sin que yo también lo esté?* dice el Apóstol: y sin embargo, el alma de San Pablo no tocaba tan de cerca al resto de los fieles, como el alma de Nuestra Señora tocaba y estaba unida tan íntimamente como no se puede más, á Nuestro Señor, á su alma y á su cuerpo, del cual ella era el origen, la raíz, la Madre. No es pues, maravilla el decir que los dolores del Hijo fueron las espadas que traspasaron el alma de la Madre. Considerémoslo de un modo más claro: una flecha lanzada violentamente contra una persona, atravesando su cuerpo, pasará también á quien se encuentre enteramente próximo y unido á ella. El alma de Nuestra Señora estaba unida con perfecta unión á la persona de su Hijo, y por tanto, las espinas, los clavos, la lanza que hirieron la cabeza, las ma-

nos, los pies y el costado de Nuestro Señor, hirieron también el alma de la Madre.

Bien podemos pues, decir con verdad, oh Santa Virgen, que vuestra alma fué traspasada por el amor, por el dolor y por las palabras de vuestro Hijo. En cuanto á su amor, ¡oh, cómo os hirió, cuando visteis morir á un Hijo que tanto os amaba y á quien tanto adorabais! En cuanto á su dolor, ¡cuán vivamente os tocó, habiendo tocado tan mortalmente al que era todo vuestro placer, vuestra alegría y consuelo! En cuanto á sus palabras tan dulces y amargas á la vez, ay! ¡ellas fueron otros tantos huracanes y tempestades para inflamar vuestro amor y vuestros dolores, y para agitar la nave de vuestro corazón casi estrellado en la borrasca de un mar tan amargo! El amor fué el arquero, porque sin él, no hubiera tenido bastante movimiento el dolor para llegar hasta vuestra alma: el dolor fué el arco que lanzaba las palabras interiores y exteriores, como otros tantos dardos que no tenían mas blanco que vuestro corazón. Ay! ¡cómo fué posible que unas saetas tan amorosas, fueran tan dolorosas? Así los aguijones de las abejas, llenos de miel, causan extremo dolor á los que son con ellos picados, y parece que la dulzura de la miel, aviva el dolor de la punta. Esta es la verdad; mientras mas dulces fueron las palabras de Nuestro Señor, tanto mas dolorosas eran á la Virgen su Madre, y lo serian para nosotros, si amáramos á su Hijo.

¿Y qué, preguntaremos, no murió ella entónces? —Escuchemos: ¿no sucede frecuentemente que una corza sea herida por el cazador, y se escape con su herida y su llaga, y vaya á morir muy le-

jos del lugar en que fué herida, y pasados muchos días? Así ciertamente, Nuestra Señora fué herida y llagada con el dardo del dolor en la pasión de su Hijo sobre el Monte Calvario, y no murió luego, sino que llevó mucho tiempo su herida, de la cual al fin murió. ¡Oh llaga amorosa! ¡oh herida de caridad, cuán querida y amadísima fuiste del corazón á quien heriste!

(*Amor de Dios, lib. V. cap. IV. y lib. VII. cap. III.—Primer Sermon de la Asunción.*)

CAPITULO XXVI.

Maria nos es dada por Madre.

MIRANDO Nuestro Señor con ojos llenos de compasión á su bendita Madre, que segun refiere el Evangelio, estaba en pié junto á la Cruz, con el amado discípulo, no quiso darle ó pedir para ella la gracia al Padre Eterno, pues ya la poseía de una manera excelentísima; tampoco quiso prometerle la gloria, porque ya la tenía enteramente asegurada; por tanto, le dá una cierta unión de corazón y amor tiernísimo hácia el prójimo, porque este amor cordial de los unos hácia los otros, es un don de los mayores y más excelentes que su bondad divina hace á los hom-

bres. *Muger*, le dice hablando de su muy amado discípulo San Juan, *he ahí á tu Hijo*.

Oh Dios mio! ¡qué cambio! del Hijo por el siervo, de Dios por la criatura! Sin embargo, María no lo rehusó, sabiendo bien que en la persona de San Juan, aceptaba por suyos á todos los hijos de la Cruz de Nuestro Señor, y que en lo sucesivo seria la querida Madre de todos los cristianos. Con esto nos enseñó Nuestro Señor, que quería que nos amáramos todos, si queríamos participar de su divino testamento y de los méritos de su Pasion, con un amor tierno y cordial en extremo, como es el amor de un buen hijo hácia su madre, y de la madre hácia su hijo, que es un amor en cierto modo más grande que el de los padres.

Muger, he ahí á tu Hijo! dice el Señor á María, mostrándole á San Juan, que era el discípulo querido de su corazon, y dándole para que tuviera cuidado de ella, pues teniendo todos sus pensamientos ocupados en los dolores de su Hijo, no pensaba en sí misma. Mas aquel divino Hijo, que iba á morir, viendo que la Santa Virgen quedaba viuda y huérfana, y no sabia á dónde ir, tuvo cuidado de atenderla en esta afliccion, dándole por hijo al discípulo que amaba, y á éste un amor de hijo hácia tal Madre, para que así tuviera cuidado de ella. Asimismo tuvo cuidado al morir, como prenda de ternura hácia su amado discípulo, de dejarle por Madre á la Virgen Santísima. Sucedió entónces como cuando los hombres, queriendo favorecer á sus hijos ó á sus herederos, les dicen al morir: id á tal lugar, y hallareis tal tesoro; y como las madres se complacen de decir en tal extremo, á sus hijas: id á tal

caja, allí encontrareis mis sortijas y mis joyas que he guardado para vosotras; y se glorian al morir por dejar tales cosas á sus herederos.

Nuestro divino Salvador nada de eso dejaba, sino un tesoro mucho más grande, á San Juan y á su Madre. Cierto es que ella sintió entónces un dolor tal, cual la desigualdad de esos dos hijos podia causarle. Sin embargo, lo aceptó con un corazon dulce y tranquilo, y desde entónces Nuestro Señor le dió un amor de Madre hácia San Juan, mas tierno que el que han tenido y tendrán jamas todas las madres juntas por sus hijos. Y aún todavía pasó más adelante, porque bien vió que Nuestro Señor, al darle por hijo á San Juan, le daba por consiguiente á todos los cristianos, de los cuales quería que fuera Madre, como hijos de gracia, pues eso significa la palabra Juan.

(*Primer y segundo Sermon para el Viernes Santo.*)

CAPITULO XXVII.

Maria en el Cenáculo.

SE refiere en el capítulo primero de los Hechos Apostólicos, que los Apóstoles perseveraban unánimemente en oracion, con las santas mujeres y con María Madre de Jesus.

Si queremos nosotros recibir al Espíritu Santo, es preciso pedirlo á Dios en virtud de algo que le sea grato: primeramente, por su misma bondad que es motivo igual á El mismo; en segundo lugar, por su Hijo Señor Nuestro, verdadero mediador entre Dios y los hombres, y único en cuanto la mediacion principal, esencial y natural, como hace siempre la Iglesia, aunque los herejes la calumnian; y en tercer lugar, por medio de los santos, que son medianeros por intercesion y dependencia, y sobre todo, por el mérito y amor que tiene á su Santa Madre, la gloriosa Virgen María. Esto será cumplir con la cuarta condicion requerida para recibir al Espíritu Santo, pues así se hará *con María Madre de Jesus*.

No podrá ponderarse bastante cuán urgente sea esta condicion. El Evangelista dice bien, que habia hombres y mugeres en el Cenáculo, para mostrarnos que todos debemos aguardar al Espíritu Santo: pero nombra á María, para mostrarnos que ella era como la Maestra y Señora de los Apóstoles, y por eso no dice que ella estaba con los Apóstoles, sino que éstos estaban con ella y en su compañía.

Que se retiren, pues, esos herejes que tienen miedo de que tributemos demasiado honor á la Santísima Virgen; pues ella es digna de todo el honor que pertenece á una pura criatura, tanto espiritual como corporal. Y los que no son hijos abortivos del Cristianismo, sino que pertenecen á la verdadera religion de Jesucristo, aman á esta Señora, la honran y la alaban en todo y por todo. Ninguno tendrá á Jesucristo por hermano, que no tenga á María por Madre; y el que no sea hermano de Jesucristo, no heredará con El.

¿Mas qué recibió la Santa Virgen en el Cenáculo, puesto que ya habia recibido al Espíritu Santo en la Anunciacion? Cierto es esto, pero ahora recibió una superabundancia de gracias, con tal plenitud, que ellas rebosaban por todas partes; pues está escrito, que *aquel que es justo se justificará siempre más*.

Muy creible es que María meditaba en el Cenáculo, la Pasion y sus angustias, aguardando firmemente al Espíritu Santo y rogando para ello á su Hijo, cuya ausencia de tres dias la puso tan triste en otro tiempo, ¿y qué seria la de diez? En fin, podemos creer que ella diria devotamente á su Hijo: *Hijo, por qué habeis hecho esto con nosotros? Vos nos habeis ordenado que permanezcamos en Jerusalem*. En cuanto á mi cuerpo, Hijo mio, estará donde os agrade; pero en cuanto á mi corazon, *allí está, donde está mi tesoro*. Y si Ezequías ha dicho: *á la mitad de mis dias iré á las puertas del infierno*, yo diré para mí, que *á las del Paraiso, y en esta meditacion se encenderá el fuego del Espíritu Santo*.

Ahora bien, el que quiera tener al Espíritu Santo, que se una con María, pues *quien no junta con ella, desperdicia*. Sirvámosla, honrémosla, para que aquel que viene á nosotros por ella, por ella tambien nos reciba.

(Primer Sermon para el dia de Pentecostés. Este fué el primero que compuso el Santo, antes de ser Sacerdote.)
